

DOSSIER

PENSAR EL NEOLIBERALISMO DESDE  
LA COYUNTURA ARGENTINA Y  
LATINOAMERICANA

Diego Conno  
Natalia Romé  
Guillermo Ricca  
Luis García  
Roque Farrán

# CRISIS Y MOVILIZACIÓN POPULAR EN AMÉRICA LATINA

Por Diego Conno\*  
(UNAJ, UNPaz, UBA)

## I.

¿Qué es una crisis? Es la puesta en acto de una diferencia o ruptura epocal, una mutación o inflexión de un determinado tiempo histórico, una especie de desorden del tiempo. Para decirlo en el lenguaje de Shakespeare: “*The time is out of joint*”. El concepto tiene su origen en el mundo antiguo, *krisis* proviene del verbo griego *kríno* que significa “separar”, “escoger”, “enjuiciar”, “decidir”; también “medirse”, “luchar”, “combatir”. Decimos que estamos en crisis o que una sociedad entra en crisis cuando nos encontramos ante una situación límite, cuando estamos ante un umbral que nos transforma, que modifica nuestra relación con nosotros mismos, con los otros y con el mundo que habitamos. Por eso el concepto de crisis implica también un momento de reflexión, de lucha y de decisión sobre los modos de leer e intervenir en una coyuntura.

El macrismo ha conducido a la Argentina ante una nueva crisis. Creer que estamos simplemente frente a una crisis económica es síntoma de una verdad más profunda que subyace a dicha interpretación. Estamos *en medio* de una crisis donde lo que está en juego es el sentido mismo de la política y de la democracia. De ahí que de su comprensión dependan sus modos de resolución y el futuro de la nación.

En los últimos años, la Argentina –aunque esto puede extenderse para gran parte de América Latina– ha estado expuesta a una especie de “autoritarismo neoliberal”, que implicó un proyecto de economización de todas las esferas de la vida junto a la criminalización de toda disidencia y oposición al poder, haciendo de la política un mecanismo de disciplinamiento, clasificación social y degradación cultural que ha

colocado a la sociedad ante un umbral más bajo de civilización. Forjado en estos años desde las usinas de los grandes medios de comunicación “grieta” ha sido un mal concepto. Sea en la forma de su elogio, sea en la de su denigración, la palabra grieta es una forma banal de nuestros modos de pensar la política, principalmente la política democrática. El antagonismo y la división social constituyen la naturaleza misma de las sociedades democráticas. El consensualismo abstracto niega la política al negar la confrontación de intereses que le es inherente. Pero los antagonismos no son fijos, ni se dan de una vez y para siempre; se traman a lo largo de la historia y se constituyen en la contingencia de lo social. Es así que el adversario político debe ser siempre *hostis*, no *inimicus*. La moralización de la política es una de las formas de la despolitización. Cuando la política se moraliza el otro deja de ser un adversario y se convierte en un enemigo a eliminar.

¿Qué es el macrismo? No hay macrismo. Lo que entendemos bajo ese nombre ominoso es menos una identidad política que el efecto de sofisticadas técnicas de dominación: comunicacionales, jurídicas, financieras. Máquinas semióticas que han acelerado la decadencia económica, social y cultural de la nación junto a la producción en serie de vidas precarias, vidas que no valen la pena y que el capitalismo contemporáneo las transforma en sujetos desechables. Allá lejos ha quedado la figura del viejo Marx de un ejército industrial de reserva. El “nuevo espíritu del capitalismo” vive de las diversas formas de abyección; su economía de la deuda es la realización absoluta de una barbarie sin reservas. Ya en los años ‘50 Hannah Arendt vislumbraba con preocupación la posibilidad de soluciones totalitarias en sociedades o regímenes no totalitarios. Esto sucede en un sistema en el que hay vidas que son consideradas superfluas. La creencia neoliberal en el “sí se puede” ha demostrado que todo puede ser destruido.

Los poderes judiciales se han reconvertido en máquinas de guerra. La arbitrariedad de sus acciones en alianza con el poder mediático y financiero ha ido diseminando pequeños “estados de excepción” al interior de nuestras sociedades democráticas. Milagro Sala en Argentina

o Lula da Silva en Brasil son casos paradigmáticos. Territorios que supieron alojar prácticas emancipatorias se han transformado hoy en laboratorios neoliberales de experimentación sobre la naturaleza humana.

Los grandes medios de comunicación se han convertido en incubadoras reaccionarias de las nuevas formas de violencia y micro-fascismo social. Estos medios han reemplazado el lugar que ocupaba la inquisición en la Edad Media y han devenido, al decir de Adorno, “nuevas fábricas del alma”. Su método de gobierno de las conductas se realiza a través de dispositivos de tele-fascismo a distancia. Ya hace algún tiempo, Giorgio Agamben identificó la correspondencia entre dispositivos mediáticos de control y manipulación de la palabra pública y dispositivos tecnológicos de producción de *nuda vida*: “entre los extremos de una palabra sin cuerpo y un cuerpo sin palabra”, dice el filósofo italiano, el espacio de la política tiende a reducirse o desaparecer. Las *shitstorm* de la red son síntoma y radicalización de esta especie de vida dañada convertida en espectáculo de masas.

La expresión “cultura de masas” no es igual a la cultura popular. En la masa habita una subjetividad quebrada, una vida dañada por la violencia del capital. Por el contrario, en la vida popular anida un horizonte de justicia y emancipación. El neoliberalismo es una forma de gobierno que produce una masa allí donde habita una subjetividad popular. Como ha sabido decir mi amigo y maestro Alejandro Kaufman, el macrismo construyó pobres allí donde había pueblo. Pero sin embargo hay algo irreductible, una especie de resto inasimilable al poder, un deseo popular que recorre la historia de manera subterránea y que el gran Maquiavelo captó de manera singular: deseo de no ser dominado y ser libre. Pueblo es el nombre de ese deseo. Política el de la construcción de ese pueblo.

El triunfo del neoliberalismo se debe en buena medida a la indiferencia de la sociedad de la que todos somos parte frente al oprobio y la barbarie acontecidos. ¿Por qué hay dominación y no más bien libertad? Vieja pregunta cara a la teoría política de los tiempos

modernos. Hace ya varios siglos, Étienne de La Boétie le puso un nombre al enigma: “servidumbre voluntaria”. Pero si en el *Discours* de La Boétie la servidumbre es en parte efecto de la fascinación del poder de Uno, en las sociedades neoliberales es el resultado “racional” o “racionalizable” de tecnologías anónimas, de micropoderes y conductas cotidianas que atraviesan indistintamente las subjetividades tanto de los “dominantes” como de los “dominados”. Esto vuelve cada vez más difusa la distinción entre normalidad y excepción. De allí las dificultades de la teoría crítica contemporánea para plantear un horizonte emancipatorio.

Vivimos en “estados” de peligro. Cuando un gobierno desdeña la soberanía popular en favor de la soberanía de los mercados financieros no hace más que dar el último paso hacia la conversión de la democracia en una empresa. “Democracia S.A” es el régimen en el que vivimos. Como sabemos desde los tiempos antiguos, cuando se gobierna una sociedad bajo el modelo de la economía (*oikonomía*) la política se deshace, se vuelve mera técnica de dominio. Uno de los grandes pensadores de la democracia como fue Claude Lefort advirtió tempranamente que el peligro para una democracia no viene solo del totalitarismo sino también del poder ilimitado de los mercados. Algo similar entendió Sheldon Wolin cuando acuñó sugerentemente el término “totalitarismo invertido” para nombrar un tipo de sociedad en que el poder económico se convierte en un “poder total”.

Creemos que es tarea democrática la reconstrucción pacífica de un nuevo marco de convivencia social y conversación pública que hoy se encuentra fracturado. Cada una de nuestras palabras y nuestras acciones nos exponen ante el nuevo tribunal de la razón neoliberal que nada sabe del *dictum* kantiano del “uso público de la razón”. Pareciera que hoy todos somos *homines sacri* frente a un biopoder que resulta indomeñable. El uso libre, público y universal de la razón es uno de los principios fundamentales de todo Estado republicano. La negación de este principio convierte la república en despotismo o tiranía.

Sabemos que estos han sido años dramáticos para el cuerpo social de la nación, pero también han sido años de reflexión, de lucha, de resistencia. Hemos aprendido que la resistencia es menos un acto de oposición al poder que el punto donde se abre la posibilidad de revertirlo o transformarlo. Nuestro deber intelectual y moral tiene que ser ineludible. Como miembros de una comunidad humana, pero también como ciudadanos latinoamericanos del mundo estamos obligados a no callar, a resistir y a actuar. No callar, resistir y actuar frente a cada acto de injusticia perpetrado y exigidos a desarrollar un pensamiento y una práctica de cuidado y preservación de las formas de la vida en común, que no solo detengan el advenimiento de la catástrofe sino que puedan recrear nuevas formas de imaginación y vida democrática.

## II.

América Latina se ha vuelto, una vez más, territorio de disputa: política, cultural, económica, geo-espacial, existencial. De México a la Argentina - escribo esto mientras se están desarrollando insurrecciones populares en Ecuador, Chile y Haití y un golpe de Estado en Bolivia- “Nuestra América” se encuentra en la encrucijada entre dos formas de vida opuestas: ¿democracia o neoliberalismo? Quisiera indagar aquí la posibilidad de pensar las movilizaciones populares en América Latina -la memoria y la herencia de las luchas pasadas y sus reconfiguraciones actuales- como uno de los modos de recrear esas “nuevas formas de imaginación y vida democrática”. Entender la democracia como forma de vida supone su carácter irreductible a un concepto autónomo de lo político; conlleva también una forma de la economía, una ética, una estética, una erótica. Hay un modo de subjetivación democrática también, que se opone a la desubjetivación neoliberal. Democracia es - como dice el querido Diego Tatián- la activación de un deseo común de igual-libertad. Es régimen político sostenido en el principio que dice que *todas las vidas cuentan*, y que produce instituciones hospitalarias a la

novedad y la pluralidad humanas. De ahí que la democracia conlleve siempre un elogio de la movilización popular, como reserva y como impulso de formas de vidas más justas.

¿Qué es una movilización popular? ¿Una forma de la protesta social, un acto de desobediencia civil, una fuerza de resistencia, una modalidad de la revuelta? Desde el inicio de los tiempos las sociedades humanas se han movilizadо contra las diversas formas de injusticia, de explotación o de opresión; así como para defender formas de libertad que se hallen amenazadas o en peligro. Cuando una sociedad se moviliza en contra de la política de un gobierno el poder que interpela se resiente, se quiebra en alguna de sus fibras, aunque sus ojos no lo vean. La peor tragedia de un gobierno es la de no ver la imagen que de sí mismo proyecta a los demás. Efecto rebote de una lógica del simulacro que no logra comprender lo que se pone en juego cuando se afecta la felicidad del pueblo.

Las movilizaciones de los pueblos expresan siempre un conjunto de militancias varias en su manifestación de un deseo popular: deseo de no ser dominado y ser libre. Deseo igualitario de lxs muchxs frente al desprecio elitista de los pocos; deseo pedagógico de emancipación frente a la lógica de mercantilización y privatización de la educación; deseo de producción y trabajo frente a la política de desempleo, ajuste y precarización laboral; deseo feminista frente a la violencia machista y patriarcal; deseo de libertad frente a la represión del mercado y las fuerzas de seguridad; deseo de memoria, verdad y justicia frente al negacionismo de Estado. Confluencia en un deseo múltiple de vidas dignas de ser vividas, donde todas las vidas y los cuerpos cuenten, frente a una geopolítica de la vulnerabilidad corporal que establece qué vidas valen la pena y cuáles no.

Toda movilización popular constituye un modo de la conversación pública. Ni charla televisiva ni lenguaje parlamentario. No. Decimos conversación pública. Diversidad de lenguas y tradiciones necesarias para la constitución de una fuerza popular heterogénea. Lo que hay en juego aquí es un modo de la democracia que aunque no pueda desligarse de las

formas de la representación es irreductible a ellas. Excedencia democrática frente al statu quo del neoliberalismo. Ciudadanía social frente al capitalismo financiero. Potencia plebeya frente a las corporaciones y los grandes medios de comunicación. Republicanismo popular frente a una concepción oligárquica de la república. Hay algo de indomesticable en la experiencia de la democracia. Llamémosla nuestra democracia salvaje.

Toda movilización popular conforma una política de asamblea y fiesta callejera, pero también de elaboración de una disposición a luchar. En la lucha la ciudad se pluraliza, se vuelve territorio de disputa, escena de combate, campo de batalla. ¿Acaso la política no es la continuación de la guerra por otros medios? Se abre así un tiempo heterogéneo, tiempo de tramar un pensamiento y una práctica de resistencia y preservación de lo común. Un común que no alude tanto a luchas singulares por una causa en común, sino más bien a luchas en común por la emergencia de una singularidad.

Toda movilización popular es una forma de politización. La politización ocurre cuando aquellos a los que se les ha sustraído “el tiempo” se toman ese tiempo necesario para pensarse como habitantes de un espacio compartido, para pensar y actuar en conjunto. Por eso la política no es solo una cuestión relativa al poder o al gobierno, es creación y configuración de nuevos mundos. La politización es un acto ético también, una forma de ser y estar en el mundo con otros. Gobernar bajo la forma de la economía como lo hace el neoliberalismo -a través de ganancias y de pérdidas, de costos y beneficios, de eficiencia y competitividad-, no tiene que ver con la política en sentido estricto; solo la decisión de convivir politiza al ser humano. La politización ocurre cuando se ponen en cuestión los lugares asignados a cada quien en todos los ámbitos de la experiencia social y de la vida material: en la escuela, en el trabajo, en la casa, en la calle. La amistad es otra de las formas de la politización.

No sabemos lo que puede un cuerpo. Pero sabemos de la potencia de afección que adquiere el encuentro de los cuerpos en sus modos de

dialogar y conflictuarse, en cada plaza, en cada bar, en cada pensamiento, en cada texto, en cada movilización. La política contemporánea de la virtualidad se topa con un límite ante el encuentro activo-afectivo de los cuerpos. Allí donde dos cuerpos se tocan se traza una figura que conforma una nueva corporalidad: cuerpo colectivo, cuerpo común, cuerpo utópico. Figura preciosa la que se produce cuando los cuerpos se tocan y se entrelazan, dando luz a una potencia de expresión infinita de carácter instituyente.

La política se puede tramar en un tiempo lineal, homogéneo y vacío, o puede ser institución de un nuevo tiempo: un tiempo heterogéneo y discontinuo en el que se trame otra experiencia de la vida colectiva, una especie de laboratorio experimental de prácticas y pensamientos libertarios, igualitarios, emancipatorios.

No hay poder más grande que el de la acción en común que produce una sociedad movilizada. Dato irreductible de la vida social que ningún “Poder” debiera subestimar. Nuestro destino está en la capacidad de articular esas luchas y amplificar esas acciones. Está en la composición afectiva de nuestros deseos y en la recuperación de la potencia de afectar y ser afectados por dichos encuentros. Pero también está en la construcción de liderazgos o dirigencias que puedan ser cauce y no dique de dichos deseos.

Buenos Aires, Noviembre de 2019

Este texto es una versión levemente modificada de dos textos publicados recientemente, “Lo que el macrismo nos dejó” en [www.lateclaenerevista.com](http://www.lateclaenerevista.com) y “Elogio de la movilización popular” en [www.lobosuelto.com](http://www.lobosuelto.com)

\*Politólogo. Investigador y profesor de teoría política en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional Arturo Jauretche y la Universidad Nacional de José C. Paz.



## DEJAR DE CONTARNOS HISTORIAS

### Hacia la consolidación del campo democrático popular

Natalia Romé\*

#### *I. ¿Qué ha sido el macrismo?*

El acceso al gobierno de la Alianza Cambiemos en 2015 emplazó una torsión, un enrarecimiento en espacio político argentino. A la distancia, y en el marco de un reflujo regional, la explicación del acontecimiento podría despacharse demasiado velozmente sosteniendo que se trató del acceso al gobierno de los sectores corporativos y los factores de poder real que históricamente han marcado los destinos populares en América Latina. Pero el hecho de que en Argentina esos poderes jamás habían logrado conformar fuerzas electorales de masas, no puede ser desatendido y exige un análisis más detenido. Tal vez, considerando la vigencia del pacto de pacificación postdictatorial que dio en llamarse “transición democrática”, no debería resultar tan sorprendente que, finalmente, las fuerzas de derecha se hayan decidido a actuar a cara descubierta, considerando además la oportunidad de un contexto internacional de franco avance de formas neoconservadoras e incluso antiliberales, en el seno mismo de las instituciones de la democracia formal.

Aun así, las dos victorias electorales contundentes del macrismo- considerando el recambio legislativo de 2017 que refrendó las políticas de ajuste de sus primeros dos años de gobierno- suscitaron una perplejidad que, entre otras cosas, derivó en la forja de categoría de análisis -como “derecha democrática” o “hegemonía de derecha”- tan inadecuadas

teóricamente como sintomáticas de la desorientación general de los sectores progresistas para comprender el fenómeno.<sup>1</sup>

En ese marco, la tarea política de establecer las fronteras del antagonismo se ha vuelto un desafío tanto para analistas como para militantes. Lo sabemos, la lucha de clases nunca juega a la transparencia. Y si América Latina, en la unidad dispersa de sus rasgos de capitalismo periférico, presenta históricamente una complejidad que vuelve idealista y dogmática la intelección simplificada de una única contradicción, la historia argentina reciente incorpora además la dificultad de que una experiencia de frontera y de polarización ideológica, se vive a plena luz del día. Y ofrece la evidencia inapelable de una “grieta” social que tiene la paradójal virtud de poner en escena una disputa histórica que las narrativas dominantes tradicionalmente deniegan (Pueblo vs. Oligarquía), pero de un modo desplazado que reinscribe formas imaginarias de esa disputa en el interior mismo de los sectores populares, haciendo prevalecer una dicotomía empobrecida (Kirchnerismo vs Antikirchnerismo) que responde más a gramáticas culturales que a lógicas políticas.

Por este motivo, para dimensionar la escena argentina actual, su pasado reciente y los horizontes de una acción política, es preciso identificar los tiempos heterogéneos que se anudan en su coyuntura, evitando esquematizaciones dicotómicas que aplanen los procesos específicos de cada instancia de la vida social. Se trata de un ejercicio de pensamiento difícil para quienes habitamos este suelo, toda vez que en la experiencia colectiva, la polarización del espacio político se presenta como una imagen contundente. No se trata, desde luego, de negar la eficacia histórica de las imágenes sino de inscribirlas en la trama más compleja de determinaciones en las que emergen y toman consistencia.

En este sentido, el fenómeno macrista tiene mucho de antikirchnerismo –al punto de que resulta difícil pensarlo positivamente

---

<sup>1</sup> Natanson, José. “El macrismo no es un golpe de suerte”. Diario *Página 12*, 17 de agosto de 2017. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/56997-el-macrismo-no-es-un-golpe-de-suerte>

como un proceso de subjetivación política- pero no es una pura reacción inmediata a esa experiencia, sino el anudamiento sobredeterminado de distintos procesos que suponen temporalidades diversas y que trazan fronteras que un único antagonismo no puede metaforizar –menos aún su expresión electoral. Muchos de sus discursos retoman, por ejemplo, la larga genealogía de los intereses de los sectores oligárquicos consolidados desde fines del siglo XIX, como actores subsidiarios del capital monopólico internacional, que tradicionalmente han resistido con ferocidad toda tentativa soberana –económica, política o ideológica- por más débil que ésta sea. También absorbe tendencias antiperonistas, nada homogéneas entre sí, pero organizadas en torno a una recurrente actitud paradójica que, en nombre de la vitalidad de las instituciones representativas –o incluso a veces en nombre de un progresismo de izquierda- rechazan sistemáticamente toda forma de incorporación de los sectores populares a la vida democrática, no privándose siquiera de brindar su apoyo a sectores golpistas cuando hubo la oportunidad. Finalmente, representa una tendencia más reciente, que se articula en ocasiones con las anteriores, pero no es idéntica a ellas y que recoge las formas diversas de reacción a la experiencia kirchnerista, de un modo tan complejo que incluye desde críticas por izquierda, hasta fanatismos reaccionarios; desde ex-filokirchneristas descontentos a formas renovadas de viejas tendencias antiliberales –populares y antipopulares.

Ahora bien, más allá de su composición como fuerza política, resulta interesante identificar el tipo de proceso histórico que sus acciones de gobierno han emplazado. En este sentido, las grandes trazas de las medidas tomadas por el gobierno de Mauricio Macri llegaron en un momento sensible, para concretar un movimiento de avanzada estratégico en la lucha de clases librada por el gran capital. Ese momento crucial es el momento en el que el proceso kirchnerista se enfrentó con la encrucijada histórica del desarrollo nacional, del que la falta de divisas la manifestación clara. Fue apenas la chance –insisto, apenas la oportunidad- de que se abriera una reflexión pública sobre la limitación que históricamente ha condicionado los intentos de decisión política

soberana, lo que las acciones políticas del gobierno macrista vinieron a cancelar. Por encima de la ambición de limpiar de memorias peronistas el espacio público; por encima del proyecto de impermeabilizar las instituciones frente a las demandas o sensibilidades populares; por encima incluso de la vocación de consolidar de una fuerza política capaz de unificar las tradicionales tendencias oligárquicas, racistas, antipopulares con las nuevas pulsiones antidemocráticas neoliberales; lo que el macrismo puso en juego fue la necesidad imperiosa y urgente de desactivar toda posibilidad de consolidación de un proceso de modernización liderado por fuerzas nacional-populares. El endeudamiento más grande de las historia del Fondo Monetario Internacional; la desregulación del mercado cambiario y financiero; la dolarización de las tarifas del consumo energético; la apertura comercial; el debilitamiento planificado de áreas estratégicas de ciencia y tecnología y desarrollo energético; pero fundamentalmente, la precipitación de una crisis financiera diseñada a medida de los capitales especulativos, dejan pocas dudas en este sentido.

## *II. Corto plazo: la disputa electoral*

Esta es la coyuntura que marca fuertemente no sólo el escenario de la disputa electoral, sino el margen de acción de un futuro gobierno opositor. Que entre algunos funcionarios del FMI se hable de un programa de “reperfilamiento” de la deuda, llamado *Extended Fund Facility* y conocido por la experiencia de Ucrania en 2015, nos debe hacer pensar que aunque el gobierno de Mauricio Macri haya sido derrotado en las urnas, todavía puede considerarse victorioso en la ejecución de su objetivo de clase; al menos de uno de ellos, nada menor. La cancha está marcada.

Y sin embargo, que haya sido derrotado en las urnas en esta coyuntura, es el efecto de una pulseada que tampoco recibió en 2015 su embate final. A pesar de las dificultades propias de un proceso de reflujo, logró conformarse un arco amplio de sectores populares agrupados en un frente antimacrista, traccionados por una fuerza política de difícil

definición, liderada por Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner, en la que además de fuerzas manifiestamente kirchneristas con diversos grados de organicidad, confluyen fuerzas políticas del peronismo no kirchnerista; formas remanentes y renovadas de izquierda nacional; fracciones liberales y de las burocracias institucionales (sindicales, estatales, partidarias); organizaciones sociales; movimientos de la economía social; organizaciones de la mediana empresa y de la economía cooperativa; fracciones del feminismo popular y de fuerzas juveniles. Lo que ha tomado forma, una vez más, es un proceso de individuación de un colectivo que podríamos llamar *campo democrático popular*.

En alguna medida, las posibilidades de este frente se fueron consolidando en una agenda de protesta sostenida desde enero mismo de 2016. Como advirtió tempranamente Andrés Tzeinman fue en primer lugar la movilización popular, la que supo marcar los límites de un jacobinismo de derecha que en alguna medida quiso funcionar como la imagen invertida del progresismo kirchnerista<sup>2</sup>. El estado de movilización de diversos actores sociales y políticos durante los cuatro años de gobierno fue permanente, convocó la presencia conjunta y multitudinaria de ciudadanos no agrupados y de fuerzas y organizaciones tradicionales y contó en alguna oportunidad con gestos de presión dirigidos a las cúpulas partidarias o sindicales que en ocasiones fueron muy por detrás de sus bases. Pero además y no tanto en términos de acción política, sino de la opinión pública general, resultó significativo que cuando aprovechando la refrenda electoral recibida en las elecciones de 2017, el oficialismo quiso avanzar con su programa de reforma previsional, la imagen pública de Mauricio Macri cayó fuertemente y el oficialismo se vio obligado a exhibir su cara represiva, recostándose en una base social más reducida y homogénea.

---

<sup>2</sup>Tzeinman, A. *Radiografía política del macrismo. La derecha argentina: entre la nación excluyente y el desafío democrático*. Buenos Aires, Caterva Ediciones, 2017.

La escena política argentina de estos años ha estado marcada por un estado de movilización que exhibe grados de politización y compromiso ciudadano bastante más amplios y organizados que en otros países de América y Europa. Pero la heterogeneidad de su composición tanto en términos ideológicos como de estructuras organizacionales, vuelve un poco idealistas las ambiciones más radicalizadas. Su agenda dista tal vez de las clásicas demandas de la izquierda y tiende a organizarse en torno a tres ejes que podrían ser considerados “modestos”: ciudadanía (especialmente, derechos humanos), feminismo y trabajo. Sin embargo y mal que le pese a nuestras más radicalizadas ambiciones, se trata de tres grandes frentes de batalla que confrontan claramente con las formas neoliberales del capitalismo tardío. Y no parece poca cosa en un mundo gobernado por lógicas económicas directamente criminales, con relaciones laborales miserabilizadas; tendencialmente autoritario y antidemocrático y crecientemente violento, machista y xenófobo.

En ese marco es que podemos entonces ver más claro en la escena electoral argentina, para conjeturar que lo que se encuentra en disputa es, una vez más, el establecimiento del signo de la modernización capitalista. Y la disyuntiva es bastante clara: o bien esa modernización se desarrolla bajo la tutela del capital financiero y los organismos internacionales, con un acento tradicionalmente racista y antiliberal (para ser entonces una paradójica modernización de inclusión en la expoliación); o bien, se hace con una vocación soberana y aspiración a la consolidación de una ciudadanía social; traccionada por la presión popular. Queda allí, no obstante, la pregunta nada menor sobre las posibilidades y limitaciones de que eso se realice contando o prescindiendo de una precaria alianza con las mal llamadas burguesías nacionales –si acaso eso existe todavía. Por un lado, la figura de Alberto Fernández encarna una posición dialoguista en este sentido (en gran medida las diferencias con Kirchner con respecto a ese punto lo llevaron a abandonar su puesto como Jefe de Gabinete en 2008). Por otro lado, 2019 no es 2003 y esta vez, luego de salir de su habitual closet, las corporaciones económicas no parecen tan dispuestas a jugar el juego

pendular de apoyar a un gobierno popular cuando es necesario contrarrestar la lujuria del capital transnacional o restablecer cierta paz social.

Este último dato no es menor, constituye un desplazamiento en el tradicional gatopardismo de los factores del poder en Argentina. Como afirma Martín Cortés en un artículo reciente, las metáforas de la fractura social emergen a los lenguajes públicos cuando se alteran las condiciones de la desigualdad legitimada.<sup>3</sup> Y en alguna medida, el saldo del proceso kirchnerista de la primera década del siglo parece ser justamente ese: la exposición de las fibras reaccionarias y antiliberales de la lucha de clases llevada a cabo por el capital internacional y las burguesías locales subsidiarias de su proyecto en Argentina, igual que en gran parte de América Latina.

Esta circunstancia adquiere un matiz singular en la actual inflexión punitiva del capitalismo tardío. Si como han conjeturado diversos analistas el llamado neoliberalismo es en gran medida, el proceso de retroversión de la alianza entre capitalismo y democracia burguesa, este escenario constituye un terreno ideal para exacerbar las contradicciones propias de unas elites que en nombre de un supuesto republicanismo, destrozan las instituciones republicanas y en nombre de la libertad moderna, se dejan seducir por todo tipo de gramáticas reaccionarias e incluso, inquisitoriales.<sup>4</sup> Los deseos más básicos a la vida, la democracia y la libertad resuenan hoy como un eco solitario entre las murallas del presente neoliberal. Y neoliberalismo es, en Argentina, la forma singular de un *impasse generacional* provocado por un genocidio, que no solo arrasó con los cuadros políticos más lúcidos de una generación entera,

---

<sup>3</sup>Cortés, Martín. “La grieta y la pasión por la moderación” Revista Oleada, junio de 2019. Disponible en <https://oleada.com.ar/nuevas-mayorias/la-grieta-y-la-pasion-por-la-moderacion/>

<sup>4</sup>Cf. Harvey, D. *Breve Historia del neoliberalismo*. Madrid, Akal. 2007; Brown, W. *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Madrid, Malpaso. 2017; Balibar, E. *Ciudadanía*. Bs.As. Adriana Hidalgo, 2013.

sino que educó a sus hijos en las fórmulas de una asociación inconsciente entre política y terror. Hoy, cuando son esos hijos son llamados a la tarea política, el desafío parece cifrarse en unos términos temporales: los de trazar los puentes que reinscriban la herencia truncada entre las mejores tradiciones del pensamiento emancipador y las pulsiones contestatarias de generaciones nacidas y criadas en democracia. Si algo está en juego en el tiempo venidero es eso. Porque las contiendas electorales no son nunca escenarios para vanguardias, sino, en el mejor de los casos, para constatar algunas tendencias que organizan las disposiciones inerciales de las mayorías.

El mayor desafío, en ocasiones, como gusta decir Álvaro García Linera, es ganar tiempo. Y ganar tiempo en esta Argentina del 2019, es dar el espacio para que crezca la generación en condiciones de forjar las imágenes políticas de futuro, capaces de hacer estallar la temporalidad cíclica y mortífera de la desposesión untraintensificada y el empobrecimiento del pensamiento político. No parecen ser proyectos marcados por el signo encandilante de una Revolución (con mayúscula), pero ya han hecho su entrada en la escena pública las fuerzas que reinscriben de modo práctico, un pensamiento colectivo capaz de darse la imaginación de un porvenir en común.

### *III. La batalla por el futuro, más allá de la contienda electoral*

Para una posición materialista, el porvenir no es un estadio superior de la evolución humana, ni un paisaje edénico con el que ensoñarse para encarar el largo viaje de la transformación. Porvenir es habitar las contradicciones actuales, abrir distancias internas en la densidad hojaldrada de un presente que siempre se presenta opaco y saturado.

Sostener que una suerte de liberalismo popular puede ser hoy una opción que merezca ser tenida en cuenta por vocaciones emancipadoras, tiene desde luego, gusto a poco. Pero la tarea política consiste menos en saborear las ideas *propias* que en producir un análisis justo de la situación concreta –que siempre está marcada por *otrxs*.

Louis Althusser advertía, leyendo a Lenin en los albores mismos de la neoliberalización del pensamiento de izquierda, que el análisis concreto de la situación concreta es “el análisis de la tendencia actual de la lucha de clases obrera y popular, en su antagonismo con la lucha de clases burguesa”. La estrategia de la lucha burguesa ocurre siempre más allá de la conciencia obrera porque “es el antagonismo, en sus dos términos, lo constituye a las clases como clases”, y por ese motivo, la “línea” precede a la forma de organización. Este leninismo que Althusser subraya convoca a supeditar nuestras bellas ideas (nacidas de nuestros espacios políticos homogéneos) al análisis concreto de la correlación de fuerzas que se traba en la coyuntura determinada y en consecuencia, a un ejercicio de lectura atento a la complejidad en la que consisten los procesos históricos.

Entre el temor, la cautela y la esperanza que comparten la conjugación del porvenir, se reintroduce, no obstante, un dilema falso que reduce violentamente el espectro de la imaginación a una dicotomía entre una aspiración ingenua a un imposible “regreso” y la vocación abstracta pero disciplinadora de la “moderación”. Interrogadas con agudeza, las pretendidas opciones no ofrecen nada, ningún proyecto de nación, ninguna idea de futuro, pero son sin dudas, indicios de los límites que van marcando en su interior el campo de lo decible y de lo deseable. Así como, hacia fines de 2015, la brújula se limitaba a alternativas falsas dentro de un falso dilema, tendido entre el gradualismo y el shock; hoy se criba el pensamiento colectivo entre opciones que no por abstractas e insustanciales dejan de marcar como una gota que percute torpe y tenazmente la textura, colores y extensión del debate político.

Claro que, si en tiempos de reflujo, la resignación y la falta de audacia se amparan en la inanidad de la resistencia al ajuste por venir; en tiempos de esperanza soberana, la coartada se viste de una “oportunidad” que se demora ilimitadamente. No es oportuno plantear algunas cuestiones. ¿Podemos imaginar algún momento en el que lo

---

5 Cf. Althusser, L. *Que faire?* Paris, PUF. 2018

será? En la desesperación y en la esperanza, pareciera que nada cabe esperar.

Habría que considerar seriamente que, en el terreno del pensamiento político, las ideologías más eficaces han dejado hace tiempo de presentarse como dogmas, para adoptar la forma bífida de supuestos polos, cuya tensión muchas veces sobredimensionada nos interpela a una toma de partido que se vive de un modo tan crucial, que no nos permite sospechar de la legitimidad del esquema. En ese marco, la coartada del tiempo (el “momento” o la “oportunidad” de una demanda o de una discusión) retacea y esconde la pregunta por el espacio y por los modos de la conversación.

Si en tiempo de mundiales, todxs somos DT, en tiempo de elecciones, todxs somos consultorxs políticxs. Todo lo que merece ser planteado parece jugarse en un único partido, en una única cancha y con reglas únicas. Convendría preguntarse cuál es el precio que paga la imaginación política cuando se la reduce a la lógica cortoplacista del mercado electoral (que cada vez habla mejor la lengua extorsiva del mercado financiero y los servicios de inteligencia) ¿Es realmente necesario que toda conversación, toda inquietud, todo debate transcurran como si se librarán en un panel televisivo en prime-time? ¿qué tecnologías de la palabra, qué artefactualidad del pensamiento ha producido este empobrecimiento de los espacios, las lógicas, los circuitos de la palabra y la inteligencia, los niveles de la conversación pública? ¿qué banalización de la necesaria autonomía y distinción entre las lógicas de la doctrina, la táctica, la estrategia y el imprescindible análisis de la situación concreta?

La miseria planificada, el negocio del endeudamiento no se dan por inducción e hipnosis; los embates a la democracia comienzan por el empobrecimiento de la masa densa que conforma el mosaico del discurso político. La simplificación de la lógica compleja de la invención colectiva forma parte de las derrotas que la alianza entre dictaduras y globalización infligieron a la inteligencia política, sea con la eliminación

física de sus mejores cuadros, sea con la perpetuación de ese borramiento en el envilecimiento de las prácticas políticas.

Tal vez, entonces, se trate menos de aguardar la oportunidad que de plantearse con urgencia la necesidad de inventar mecanismos de elaboración y escucha de las demandas sectoriales, espacios específicos de confrontación de proyectos, de puja de intereses que involucren a zonas amplias del activo ciudadano, que alojen el pulso democrático, nacional y popular. Y tal vez se trate de dejar de insistir en una división aristocratizante de la tarea política en la que la imaginación estratégica es patrimonio de círculos expertos y al activo militante se le reserva en el mejor de los casos el acceso al pensamiento técnico y el deber del aguante de lo que sea. El silenciamiento autoinflingido de los cuadros políticos, de las bases militantes y de la ciudadanía politizada es el camino más corto hacia el debilitamiento de la potencia soberana que sostiene e impulsa cualquier representación política.

Lo triste es que ese silenciamiento se apoya en uno de los mitos más inconsistentes sobre el pueblo. Es el que da por supuesta la identidad entre las demandas populares y la radicalización de los procesos políticos. Ese mito descansa en el punto de vista de las oligarquías tradicionales, siempre fóbicas a cualquier proceso de democratización y desconoce por completo la historia del encuentro entre poder político y masas. Los únicos momentos de nuestra historia en los que la radicalización asumió una forma masiva fueron aquellos en los que los procesos de desdemocratización del espacio público y la asfixia de la vida política alcanzaron formas de tiranía, opresión totalitaria, manifiesta ilegitimidad o alevosa ilegalidad. Ese punto de vista exaltado, que supo imaginar conspiraciones chileno-bolcheviques entre la peonada miserable de la Patagonia trágica, usar los aviones del estado para bombardear a la población civil y reclamar feroz represión a cada vuelta de la historia, alimenta en la actualidad lecturas banales pero nada ingenuas de la historia política, que encuentran autoritarismo en cualquier gesto polémico y anacronismo en todo esfuerzo de revisar las férreas escrituras dominantes de la historia reciente o lejana.

Se nos habla sin cesar de la emocionalidad de las masas embrutecidas, pero lo verdaderamente “emocional” es el pavor reactivo que despierta la vocación popular de participar del trazado del proyecto de nación. Supersticiosa es la fe en una modernización excluyente, en un desarrollo del subdesarrollo. Ilusoria es la condición liberal de las oligarquías autóctonas. Como decía el gran David Viñas, ya en el siglo XIX el liberalismo de la élite ilustrada, “enfrentado a la realidad concreta se convierte en darwinismo social, en justificación del racismo”. La amplitud del liberalismo originario resulta incompatible con las exigencias de expansión monopólica, en territorios de capitalismo periférico. A fines del siglo XIX, la intelectualidad ilustrada de nuestro país dejó para siempre de ser liberal. Aferrada al Estado-garante de sus procesos de acumulación y de sus privilegios, negadora de ciudadanía, incapaz de impulsar la unificación del espacio económico, el pacto entre clases y la modernización, ha sido no obstante idónea en forjar la narrativa de su pretendido republicanismo, sobre una maquinaria de violencia, xenofobia, odio de clase y pulsión antidemocrática.

Sólo desde ese punto de vista religioso y mitológico es posible suscribir la lectura irracionalmente engeñada que encuentra soviets y células revolucionarias donde sólo hay un pueblo paciente, profundamente democrático que se limita a reclamar lo que le ha sido una y otra vez prometido y negado, su derecho a liderar los procesos de modernización y de consolidación de la ciudadanía en los que se traza el futuro de sus hijos.

La madre de todas las batallas para los años venideros, es la que se libra por definir qué queremos entender por democracia. Esa batalla no tiene un único escenario y no tiene tampoco representantes privilegiados. Tiene un punto de vista resultado de una historia de desposesión y violencia, un lugar de enunciación que está amarrado a la narrativa elitista de los factores del poder real. El gran enigma es si seremos capaces de recrear otro, el punto de vista del pueblo, para dejar de contarnos historias.

\*Profesora de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani.

## PORQUE NO SE PUEDE SER FELIZ EN SOLEDAD

*Guillermo Ricca (UNRC)*

El domingo por la noche, muchos experimentamos una sensación rara; ganamos, sí, pero Macri obtuvo un cuarenta por ciento de los votos. El triunfo de la fórmula Alberto-Cristina Fernández es contundente y alentador para las fuerzas populares; de hecho, la diferencia de entre 8 y 10 puntos supera ampliamente la que obtuvo Macri en el ballottage del 2015 y está apenas por debajo del triunfo más abultado del peronismo, con Cristina Kirchner en 2011; se trata, evidentemente, de una elección histórica. Por otra parte, como bien ha señalado Horacio Verbitzky en estos días, los porcentajes en la legitimidad de origen poco y nada dicen sobre lo que será un gobierno. Néstor Kirchner ganó en el 2003 con un 23 por ciento de los votos y su gobierno fue adquiriendo consenso en la medida en que fue capaz de articular fuerzas y dar respuestas a demandas populares, largamente insatisfechas.

Sin embargo, no deja de llamar la atención que en un contexto de destrucción sin igual como el que deja el gobierno de Mauricio Macri, con modos de la ruina que van mucho más allá del saqueo económico, el empobrecimiento y la destrucción de fuerzas productivas y alcanzan a gran parte de la población en lo más íntimo de sus vidas, logre capitalizar ese apoyo. Si el neoliberalismo no es solamente un proyecto de acumulación y de concentración de riqueza sino, como decimos a coro, desde ya hace unos años, se trata más bien de un proyecto de captura y de modelación de las subjetividades y, por lo tanto, de la institución misma de formas del lazo social, no es por el afán universitario de la duda erudita, ni por una pulsión al sobre análisis que debemos preguntarnos de qué materia está constituido ese voto.

### *I. Relato mítico*

El neoliberalismo tiene su relato mítico en la meritocracia en tanto gestión de sí en clave empresaria, como tempranamente supo ver Foucault. La figura del empresario de sí, inoculada a través del management en las empresas, en estas latitudes es un efecto de identificación. Aquello que en Europa se hizo a través del management, estrategia dirigida a desarticular a los movimientos de democracia obrera, aquí se hizo con un genocidio. Macri, heredero de un empresario corrupto devenido millonario durante la dictadura encarna ese semblante, previo paso por la presidencia de un Club de fútbol al que manejó como una empresa desregulada, cuyo activo se conformó por la venta con evasión fiscal de derechos de jugadores. No existe lengua más plana que la del fútbol; sin embargo, austeridad, sacrificio, entrega, son significantes centrales en la jerga futbolera. Desde allí cobra carnadura ética, para amplios sectores, el discurso de la abnegación sacrificial, de la vida entregada al trabajo y alejada de lo político. Desde allí adquiere densidad el mandato a la iniciativa individual, al entusiasmo y al sacrificio personal. El nombre Macri se convierte en *historia whig*, en su propio efecto demostración. Macri predicó ese evangelio coucheado, con exaltaciones de pastor evangélico.

El precio que paga todo aquel que accede a esta economía del Amochero, futbolero y enemigo declarado de las lenguas políticamente sedimentadas en la memoria popular es el desprecio hacia cualquier política de la igualdad. Se instituye así una sociabilidad del odio que identifica al Otro como amenaza: desde los trabajadores que hacen paro y se movilizan, hasta los laburantes de la economía popular que cobran un subsidio, o los docentes y científicos que reclaman por salarios y en contra de recortes presupuestarios. Una de las novedades del último ciclo neoliberal ha sido, precisamente, la inoculación del odio activo al docente. La captura en la entrega sacrificial por un premio que nunca llega y el honestismo anti político abren la vía paranoica: *el Otro es malo* (trabajadores sindicalizados, militantes de organizaciones sociales y de Derechos Humanos, desocupados, docentes, científicos, trabajadores del Estado, mujeres movilizadas, etc.)

## II. *Chetoslovaquia*

Que este mito tenga alta pregnancia en *Chetoslovaquia*, como ha dado en llamarse en memes y otros géneros de las redes a esa región que concentra el voto macrista, no es casual. Buena parte de la población de estas regiones está conformada por descendientes de inmigrantes europeos, con un alto porcentaje de piamonteses cuyo racismo es un mandato de herencia. El racismo de las corrientes inmigratorias de la pampa gringa y del litoral argentino que desemboca en CABA fue oportunamente señalado por Pancho Aricó en los años sesenta como uno de los componentes culturales medulares del antiperonismo; componente que alcanzó intensamente a las mismas formaciones de izquierda. Como se ha dicho: el antiperonismo es anterior al peronismo. No es necesario hacer etnografía sobre el asunto.

No está de más recordar aquello que dice Etienne Balibar: el odio es una forma de sociabilidad y, por tanto, de subjetivación. El desprecio en tanto pasión política tiene efectos que cristalizan en el auto desprecio de aquellos a quienes va dirigido. Es lo que suele escucharse en expresiones del tipo: “no es cuestión de que gobierne éste o aquél, el problema somos nosotros” o, su variante más difundida: “los argentinos somos vagos, no nos gusta trabajar”. El neoliberalismo, pivoteando sobre esta sedimentación cultural cuya genealogía podría remontarse a la campaña contra el indio, luego abonada por el mito del inmigrante laborioso ante la desidia del habitante ancestral, es una fábrica eficaz de almas bellas, es decir, de obsesivos que construyen su estatua inmaculada de ideales y honestismo dándose a sí mismos un revoque de consistencia que, en realidad, los transforma en causa próxima de todos los desastres. La autoestima inquebrantable de la autodenominada “clase media” es la mejor encuesta al respecto.

Si una política democrática es alguna forma de construcción de hegemonía, esto es: una lengua en la que habitan irreductibles diferencias que tienen un común, a saber, la imposibilidad de su totalización, cabe preguntarse *qué hacer*. Dicho de otro modo: ganar una

elección es condición necesaria pero no suficiente para *desedimentar* una sociabilidad del odio. Si, ante el fantasma de la igualdadla meritocracia neoliberal se inmuniza, no habría que olvidar que, quizás el ideario y el *sensorium* de la emancipación han tenido por estas latitudes vínculos más intensos y extensos con una voz que, en gran medida, permanece impensada en la herencia de la modernidad política. Si la libertad tiene su Locke y sus derivas a la Friedman y la igualdad tiene su Rosseau y sus derivas marxistas y populistas ¿Cuál es el nombre propio de la fraternidad y cuáles sus derivas?

A propósito de esto es bien oportuno el comentario de una amiga, a un posteo en Facebook, sobre este mismo asunto: “Me hiciste acordar a lo que Fernando Ulloa en un análisis micro referido a los trabajadores de las instituciones de salud, nombró “cultura de la mortificación”: una sociabilidad donde la resignación cobarde, la victimización y la impotencia de sus agentes se vuelve idiocia, merma en la capacidad de pensar por sí críticamente o de dar cuenta de sus propias acciones y la transgresión necesaria para salir de esa posición (el acto) y hacerse responsable subjetivamente se trueca en degradación y maltrato hacia el otro. Entonces dice “instituyamos ternura”, como categoría política... Más allá de las identificaciones, el campo nacional y popular trama, debate, elucida, instituye ternura... esa es la tarea... lo dijo tan hermosamente Favio, ese niño-grande que salió de la orfandad: “me hice peronista porque no se puede ser feliz en soledad”. Instituir ternura es otra forma de decir “compañero”. Es hacer como en el cine de Favio: que el campeón siga siendo campeón, aun cuando se mee en los pantalones mientras, borracho, canta un tango. Favio no necesita mirar para otro lado, puede abrazar a su Mono Gatica también ahí.

O, como refiere Jorge Alemán, en la clave de los desafíos para una política popular en estos tiempos aciagos, se tratará de indagar acerca de “¿qué parte de cada uno de nosotros no se puede integrar a la forma mercancía y a su fetiche? Ello exige indagar nuestra relación con la palabra dicha y el silencio, nuestra relación con el amor y el deseo, nuestra relación con la muerte, nuestra relación con el duelo y con

nuestros ideales más secretos e insondables y nuestra relación con la amistad y el imposible que la acompaña. El pueblo, y no la gente, únicamente puede emerger cuando encuentra su modo de habitar la lengua, con el entusiasmo y sin la horrible autoestima, con el saber de las prácticas populares que callan la boca de los expertos, con aquello que nos libera de las justificaciones y de las determinaciones del destino”.

Habitar de otro modo *lalengua* implica indagar en otras poéticas del vivir. En esa indagación no sobra nadie y sus modalidades pueden ser infinitas, como el Dios de Spinoza. Una poética de la fraternidad habrá de asumir también su propio desfondamiento, allende las identificaciones y atravesar la inercia mortífera del mandato patriarcal en sus macro y micromaneras. Deberá parecerse a una política de la amistad, con todo el agonismo y el resto de intraducibilidad que suponen los diálogos entre amigos. Como en los diálogos imposibles entre la China Iron y Elizabeth, en la novela de Gabriela Cabezón Cámara, dónde el deseo de ser y hacer con otre es más potente que la diferencia entre las lenguas.

El presente no es consistente, está habitado, a veces secretamente, por pasados solapados o forzados al olvido. En este presente agrietado del orden neoliberal aunque no así de su potencia performativa, el nombre “democracia” se reactiva en la emergencia de pueblos (demos) y de abigarradas rebeliones. Un espectro asedia al presente neoliberal desde sus insistentes negaciones y hace que palabras y debates clausurados vuelvan, sintomáticamente, a la superficie de lalengua política. La transición democrática que se debatió entre profundización y consolidación de la democracia encontró una salida para ese debate poniendo bajo borradura la demanda de una sociedad que tendiera a disolver la distancia entre gobernantes y gobernados, como planteaba por entonces, de manera solitaria, Pancho Aricó. La traducción de esa borradura en el sistema político pone en el centro la cuestión de la gobernabilidad en lugar de poner allí la cuestión de cómo es posible la vida justa. Que los olvidos no pueden forzarse a carabinazo y palos es lo que pareciera decirnos hoy el pueblo chileno en las calles y, es también,

lo que a su manera ha dicho el pueblo argentino en las calles, durante estos cuatro años y en las urnas, hace unos días. Tanto ayer como hoy, deseamos la vida justa.

No se puede ser feliz en soledad porque no todos pueden todo. Contra la mentira que dice Si se puede!, la historia de nuestros pueblos custodia la memoria de sus derrotas y de sus muertos, que nada concede al auto engaño. Esa custodia atesora un *sensorium* frente a lo no sabido de la situación y moviliza resistencias contra ella. Al final, tampoco pueden todo ni los ejércitos de trolls y de bots (“caricias significativas”), ni los medios masivos monopólicos, ni los círculos rojos. La campana de la última instancia nunca suena, como dice Althusser. Esa verdad forja a los militantes de la vida justa.



## Despertar del neoliberalismo

### América Latina entre la revuelta y el voto

Luis Ignacio García  
(UNC/CONICET)

Se ha hablado en estos días de un “despertar del neoliberalismo” en América Latina en relación a una serie múltiple de procesos dispares que, sin embargo, parecen confluir en una misma apuesta por acelerar las crisis de los modelos neoliberales que nos han gobernado desde las dictaduras militares, que implantaron a sangre y fuego esa lógica de lo social en toda la región. La hipótesis de la presente intervención consiste en subrayar algo evidente, pero con consecuencias no tan evidentes: la crisis del neoliberalismo se dice de múltiples maneras. O también: *se despierta de distintos modos del neoliberalismo*. Esas múltiples maneras oscilan, para proponer un criterio mínimo, entre procesos en los que el rechazo al neoliberalismo se expresa desde cauces institucionalizados, y aquellos otros en los que la resistencia se manifiesta como la interrupción de los cauces de la institucionalidad neoliberal. Representan la primera situación las elecciones en Bolivia, en Uruguay, y sobre todo en la polarizada Argentina, con toda la importancia simbólica que tendrá desplazar en las urnas a un gobierno neoliberal tan influyente en la región. Las revueltas en Ecuador, Haití, Honduras y, emblemáticamente, en el Chile en el que nació el neoliberalismo, expresan la potencia de la segunda alternativa.

Creo que entre las tareas de la crítica se cuenta intentar mostrar la convergencia histórica de todos estos procesos, por diversos que sean, en el cometido histórico común de interrumpir una lógica de (des)organización de nuestras vidas. De manera que nuestra segunda hipótesis sugiere que de lo que se trata de cara a los extraordinarios

acontecimientos a los que asistimos hoy, es entender redes de alianzas político-estratégicas entre estos distintos procesos. Para la crítica, acaso el desafío principal consista en mostrar la convergencia estratégica entre procesos institucionalizados (aún cuando Bolivia nos muestra que la institucionalidad siempre es un frágil edificio sostenido políticamente) y procesos que muestran un rostro eminentemente destituyente e impugnador generalizado de la institucionalidad vigente. Con apenas dos días de diferencia, la movilización histórica en Chile del viernes 25 y las elecciones en Argentina del 27 muestran las diversas caras de este prodigioso octubre popular.

El viernes 25, Jorge Alemán ofreció una muy interesante entrevista en la que dejó, sin embargo, algunas definiciones que me parecen muy problemáticas en relación al contexto planteado, definiciones que tomo aquí como ejemplares porque considero que son sintomáticas de un tipo de mirada que, desde la Argentina, podemos vernos inclinados a tener respecto del proceso chileno. Una evaluación que tiende a menospreciar el “momento destituyente” de la revuelta, o en todo caso, a subordinarlo a un momento instituyente, recuperándolo sólo en la medida en que pueda articularse como nueva estructuración del Estado. Creo, sin embargo, que la actual situación en América Latina obliga a recorrer de ida y vuelta el camino entre la revuelta y el voto, como estrategias más o menos distantes de la institución para interrumpir la lógica neoliberal. Si bien es un verdadero privilegio la posibilidad que tenemos de *votar* contra el neoliberalismo en nuestro país (y en Bolivia, y en Uruguay), también creo que tenemos que saber reconocer la potencia plebeya operando en procesos que, al menos por ahora, no muestran un anclaje institucional claro (Chile, Ecuador, Haití, Honduras), e incluso en el caso en el que finalmente no lo encontraran.

Para Alemán, este momento plebeyo podría resultar hasta incluso peligroso, en la medida en que no encuentre su contención institucional. Definiciones de este tipo en estos días marcan un límite de las *teorías populistas del estado*, y nos sugieren la urgencia de pensar una necesaria *teoría plebeya del populismo*. Tales posturas no sólo impiden

reconocer la potencia de la revuelta en cuanto tal, sino también los límites del voto como proceso institucional que ciertamente testimonia una sedimentación histórica muy valiosa de las resistencias, pero es también evidente que con una elección no vamos a acabar con el neoliberalismo. Una crítica de la romantización de la revuelta, una cautela siempre necesaria en estos momentos de insumisión generalizada, debería complementarse con una crítica de la idealización del Estado, porque la revolución de nuestro tiempo es irreductible a cualquiera de esos polos del proceso. Porque además, la lectura de la contención populista se da en el marco de un balance ya cerrado de nuestro tiempo histórico como tiempo post-revolucionario, es decir, como tiempo de la revolución imposible, un balance que, me parece, no se deja afectar por lo que nos está pasando. Lo de Alemán representa, por supuesto, lo mejor del discurso crítico popular del momento kirchnerista. Pero acaso aún debemos ir más allá de eso, tanto más si se pretende “volver”, pero sin repetirse, a partir de las elecciones presidenciales del domingo 27 de octubre en Argentina.

Decía Alemán en una frase que hilvana muchas afirmaciones al menos problemáticas: “Como no vivimos ya el tiempo de la revolución, el asunto es cuáles son las estructuras políticas que logren canalizar lo que se ha desencadenado como protesta.” La primera pregunta que nos asalta: ¿en qué se sostiene la afirmación axiomática de que no vivimos en tiempos de revolución? Por supuesto no vivimos los años ‘60 o ‘70, pero ¿por qué regalarle la revolución a esos años finalmente fallidos? ¿Por qué no leer la singularidad de *la revolución de nuestro tiempo*? Y es notorio el modo en que esa “revolución como pasado” es la que le permite decir que *sólo como proceso instituyente puede tener valor la revuelta*.

De allí otro pasaje, aún más problemático, de su intervención: “Que la gente salga a la calle es bueno si en el horizonte se abre la posibilidad de articular eso políticamente, si no es una llamada a un amo más fuerte. Se reconvierte en una desafección de la política y en el llamado a una autoridad sólida. La dinámica del proceso mismo no lleva a la transformación política. La transformación política exige un

momento simbólico, no de la dinámica social, que es el momento de lo político.” O sea: la revuelta sin reconstitución del Estado no sólo es inane sino eminentemente peligrosa. Creo que aquí se siguen repitiendo las críticas a los años ‘60, porque la “revolución” sigue siendo aquella soñada en esas décadas, sin ver la singularidad de nuestro tiempo. ¿No resulta acaso anacrónico y eurocentrado repetir la respuesta de Lacan a los jóvenes del ‘68 de cara a las revueltas plebeyas, indígenas y feministas de la América Latina del siglo XXI? Y lo digo muy consciente del rol casi épico que ha cumplido Alemán mostrando la singularidad de los procesos latinoamericanos entre la intelectualidad europea. Pero es muy fuerte el desprecio del *momento destituyente en sí mismo* como ejercicio de una política plebeya en resistencia activa contra el neoliberalismo, y una negación de todas las consecuencias imborrables que esta revuelta va a tener para todo lo que siga, aún si este proceso no encuentra su “punto de anclaje” en el horizonte cercano o no. La experiencia callejera de estos días es irreductible. *Los cuerpos ya saben que pueden otra cosa* que lo que el neoliberalismo les había previsto y pautado, y ese aprendizaje no puede ser menospreciado. Es la fiesta de la actualidad.

Lo que pareciera pedir Alemán, finalmente, es lo que de hecho pasó en el Chile tras el movimiento estudiantil de 2011: el encauzamiento de la revuelta en un proceso institucional. Pero es palmario que lo mejor que dejó la revuelta estudiantil no es la integración de algunxs diputadxs del movimiento a Nueva Mayoría, sino mucho más, la memoria imborrable del empoderamiento popular que implicó *la revuelta como revuelta*, como fiesta plebeya. Porque, y esta denegación es fundamental, *en Chile la institucionalidad es lo neoliberal*, no primeramente los mercados o las corporaciones, sino la propia estructura del Estado, diseñada por la constitución fraudulenta de Pinochet de 1980: en Chile el horizonte de constitución de un mundo post-neoliberal necesariamente habrá de pasar por un *proceso destructivo de la institucionalidad de la Constitución de Jaime Guzmán*. Chile nos recuerda que, para pensar la crítica del neoliberalismo, mal haríamos en partir de la dicotomía entre Estado y mercado, aún cuando desde la Argentina sepamos que el Estado

puede cumplir tareas ajenas a la gubernamentalidad neoliberal, y en favor de la revolución de nuestro tiempo. Pero esa revolución es irreductible al Estado como tal.

Creo que la intervención de Alemán es representativa de una mirada muy argentina del proceso chileno. Efectivamente, *Chile no tuvo peronismo*, y esa sería una discusión muy importante para dar. Pero justamente por ello, la función del Estado ha sido otra, y entonces la singularidad de la relación entre movimientos sociales e instituciones, su dinámica y sus ritmos, también es muy otra. Hoy en Chile la única reivindicación posible es sostener en toda su radicalidad el “momento destituyente” de *un orden institucional-estatal enteramente fraguado por y para el neoliberalismo*, y la única reivindicación razonable, que sólo afuera de Chile puede sonar maximalista, es la Asamblea Constituyente como horizonte de un nuevo orden post-neoliberal inexistente en el Chile actual.

Porque el desafío es ese: cómo pensar la potencia de todo un despertar latinoamericano, que oscila entre procesos destituyentes y procesos institucionales, pero reconociendo la riqueza y singularidad de cada uno de ellos. No está decidido, menos aún en América Latina, que el Estado soberano europeo-moderno sea el destino último de nuestros pueblos. Eso, justamente, forma parte del debate en curso: movimientos indígenas liderando en Ecuador, movimientos feministas en Argentina y toda la región, procesos destituyentes en la Chile de Piñera, etc., no tienen al Estado moderno como horizonte último. Y más bien lo comunitario, lo plurinacional, lo plebeyo, las formas polimorfos de organización popular aparecen una y otra vez en nuestras agendas renovadas. No hace falta ser ni autonomista ni anarco-individualista para resistirse a encastrar la vitalidad del proceso revolucionario que vivimos en el lecho de Procrusto de una teleología estatal-moderna. Tampoco pensándolo desde la Argentina peronista. Ya no más.

Y sobre todo: ya no más situarnos en la dicotomía entre destitución e institución, entre revuelta y voto, entre autonomía y Estado, sino aprender a dibujar la diagonal de potencia popular que se tiende entre

ambas. Porque esa diagonal es la revolución de nuestro tiempo, tanto más intensa que la revolución fallida de “nuestros años sesentas”.

Debemos, sin dudas, “despertar del neoliberalismo”. Y Chile nos recuerda que, para lograrlo, es urgente sostener la incertidumbre de la imaginación plebeya. Porque se trata de despertar, pero sin dejar de soñar.

## LO QUE CAE Neoliberalismo y forma de vida

*Roque Farrán*

*No puedo evitar soñar con una crítica que no trate de juzgar sino de dar vida a una oeuvre, un libro, una frase, una idea [...] Que no multiplique los juicios sino las señales de vida.*

Michel Foucault, *El filósofo enmascarado*.

¿Cómo sería una práctica de la filosofía que implique la crítica y la vida en inmanencia, es decir, sin recaer en las figuras morales elevadas del juicio y la valoración externa o trascendente? El ejercicio de la crítica en inmanencia asume que nos constituimos en dispositivos de poder-saber y modos de cuidado que podemos cuestionar remitiendo a sus propias irreductibilidades, límites y potencias; retomando así nuestra propia transformación subjetiva. No se trata de culpar a nadie ni desear un amo mejor; tampoco se trata de meros ejercicios formales, intelectuales o académicos, sino de formas concretas de vivir. La vida misma se encuentra atravesada por pulsiones irreductibles y antagónicas, lo sabemos por Freud: deseo, autoconservación y retorno a lo inorgánico; cada una de las cuales, a su vez, remite a dispositivos de poder, saber y cuidado. Así pues, la complejidad bien anudada que nos constituye no remite necesariamente al caos o la indistinción absoluta; hay entrecruzamientos rigurosos entre pulsiones, dispositivos y prácticas. La filosofía materialista entonces, ni rastrera ni elevada, insiste en que es posible orientarse *en el medio*, pese a todo.

En este breve ensayo quisiera mostrar algunos posibles entrecruzamientos, rigurosos y vitales, entre las dimensiones políticas, psicoanalíticas y filosóficas que forman parte de lo que he llamado

*Nodalética*, para culminar con un llamado urgente a una forma de cuidado.

\*

### *I. El neoliberalismo en cuestión*

Empecemos por circunscribir la escena contemporánea. Los acontecimientos recientes nos brindan elementos valiosos para entender la configuración local del neoliberalismo. Entre las declaraciones de la primera dama chilena, por un lado, afirmando que eran “alienígenas” quienes se habían sublevado (desconocimiento absoluto de la causa próxima) pero admitiendo que las clases altas iban a tener que disminuir sus privilegios y compartir con los demás (sabiendo a ciencia cierta los efectos de la revuelta), y la oposición boliviana tratando de “indios de mierda” a sus compatriotas por haber perdido las elecciones (lo cual decantaría en el fatídico golpe de Estado), por otro lado, nos es imposible no leer allí que la frágil alianza del neoliberalismo con las formas democráticas se está rompiendo muy rápidamente, develando su patético rostro de conveniencia espuria. Tenemos que pensar hoy más que nunca, en Latinoamérica, nuestra *paradoja democrática*: que desde ella se puedan enunciar semejantes contradicciones y barbaridades sin que eso descalifique como “democráticos” a quienes así se expresan, tan livianamente, y radicalizar nuestro entendimiento profundo de qué es la democracia en forma y contenido: igualdad y libertad para todos y todas, responsabilidad de asumir un decir, sin exclusiones ni privilegios.

También hay elementos significativos para pensar el *modus operandi* del neoliberalismo criollo en el contundente discurso que brindó Alberto Fernández el 17 de octubre en La Pampa; sobre todo, por cómo marcó allí la diferencia con el macrismo: “para ellos donde hay una necesidad hay un negocio, en cambio para nosotros donde hay una necesidad hay un derecho”. Traducción oportuna del axioma de Evita al escenario actual. No obstante, habría que pensar algo que se viene señalando hace tiempo desde el psicoanálisis: cómo no quedarse solo en

la respuesta a la necesidad, en la articulación de la demanda, sino también poder dar lugar al deseo que la habita y excede. Ese es el punto ciego donde volvemos a caer, una y otra vez, el mentado “círculo vicioso” de nuestra trágica historia: nosotros respondemos a las demandas, sí, creamos “sujetos de derecho”, sí, pero luego eso se naturaliza y olvida, entonces ellos vuelven a manipular los deseos aspiracionales más banales e improbables y engañan otra vez al pueblo (a una parte, claro); por tanto, tenemos que traducir en términos rigurosos, nacionales, populares, democráticos y feministas, cómo sostener el deseo de una manera inédita. La clave de la diferencia está en el deseo, sin dudas, y eso el neoliberalismo lo sabe muy bien.

¿Qué es el neoliberalismo? Proliferan algunas caracterizaciones a las que habría que articular de la mejor forma posible. Se podría decir que el neoliberalismo es una economía política (financierización), una ideología (emprendedorismo), una racionalidad política (valorización), una forma de vida (*coaching*) y, además, la ontología occidental consumada: el discurso del ser-en-tanto-ser como pura multiplicidad vacía.<sup>6</sup> En el fondo es el sálvese quien pueda y la guerra de todos contra todos extendida, desmultiplicada, socializada, internalizada, naturalizada e inmanente a todos los niveles en juego. Como un cáncer social en el que las células del organismo vivo han enloquecido y se desconocen mutuamente. La economía libidinal del neoliberalismo se orienta por la exacerbación de las peores pasiones: el odio y el temor, e incluso lo que Deleuze leyendo a Spinoza llamó “alegrías del odio”. Lo que no soporta la matriz neoliberal, bajo ningún motivo, es la formación de un sujeto en torno a la verdad que lo constituye, es decir, un sujeto que encuentre en efecto sus determinaciones, las discierna, las nombre, las exceda y las haga jugar de otro modo. No hay afuera de la *matrix*, sino cambio en la escritura del nudo complejo de determinaciones, sea cual sea el nivel en el que se opere; de allí que los contagios para la inmunización o la cura sean imprevisibles. Sin dudas, el neoliberalismo es una máquina de producir

---

<sup>6</sup> Algo que Badiou atribuye al nihilismo, pero que yo he insistido en atribuir al neoliberalismo justamente.

individuos aislados o masas odiosas por igual, pero tenemos que cuidarnos también del relacionismo forzado o la institucionalización reactivas. Una perspectiva relacionista extrema nos puede llevar a cometer –o no atender– abusos de poder: el “ser-con-otros” no tiene que hacernos olvidar que, en ausencia de cualquier trascendencia, “somos-en-Otro”: espacio simbólico y sustancial fallido –indeterminado por definición– por el cual debemos aprender a tratar con la ausencia de relación-proporción sexual y social que es estructural; una responsabilidad mayor se dibuja cuando el Otro es trazado en *inmanencia absoluta*: allí solo nos queda aprender a hacer uso del *sinthoma*.

En definitiva, propongo atender dos cuestiones clave que hay que poder deslindar del neoliberalismo actual, para ello apelo a Foucault y Spinoza. Una cuestión de forma y práctica; otra cuestión de afecto y conocimiento; ambas entrelazadas al uso del *sinthoma* que permite leer el psicoanálisis:

- 1) Que el modo de subjetivación imperante, basado en la forma-empresa: “el empresario de sí”, puede ser dislocado y confrontado a su inconsistencia de base apelando a las elaboraciones del último Foucault respecto a las prácticas de sí y la ascética antigua, donde la relación con los otros, el mundo y los saberes es problematizada y anudada a la cuestión del uso y el cuidado de sí; prácticas de reflexividad y formación crítica donde la autonomía y la libertad son más una tarea a ir desplegando entre coerciones varias que principios abstractos o formales.
- 2) Que los afectos predominantes: temor, odio, y sobre todo las “alegrías del odio”, estimuladas y cultivadas constantemente por todos los medios y formas de interpelación, cuyo paradigma es la “subjetividad troll” (como un modo de ser que excede a los operadores pagos de Peña), pueden ser contrarrestadas por la concepción ontológica de Spinoza, basada en el aumento de la potencia de actuar y la producción de afectos alegres por composiciones mayores y mejores entre individuos; sobre todo en la activación de los afectos alegres que produce acceder al tercer género de conocimiento y el contento de sí.

En cuanto a esto último, me extenderé un poco más.

Creo que se ha vuelto ya un lugar común hablar del odio como un fundamento fuerte de las identidades políticas, impenetrables a cualquier razonamiento o reflexión crítica. Tendríamos que preguntarnos cuál es la raíz de ese odio, de esa inmunidad a la argumentación, incluso en personas formadas universitariamente, profesionales y demás; y de qué modo podríamos incidir en ella, no para convencer a nadie sino, mínimamente, para que la convivencia política sea posible. El odio no es solo un sentimiento ni atañe a la dimensión psico-sociológica de la personalidad, hay una raíz ontológica del odio que encuentra en los afectos, pensados rigurosamente, su razón geométrica. Siguiendo a Spinoza, podemos entender que la disminución en la potencia de actuar genera tristeza y a quienes suponemos los responsables de esa disminución en efecto los odiamos. El problema en la variación afectiva concreta, que toma individuos compuestos a cualquier nivel de integración (grupos, colectivos, comunidades), son las mediaciones que hacen creer en esas atribuciones de responsabilidad sin conocimiento de causa real; en términos spinozianos: los géneros de conocimiento. El predominio de la imaginación, es decir, el conocimiento inadecuado basado en información confusa y fragmentaria impide captar las relaciones, variaciones, nociones comunes y, sobre todo, dificulta acceder al conocimiento de lo singular. Podríamos decir que, en general, tanto en la formación cultural como en la universitaria, hemos fallado en transmitir no solo el pensamiento crítico relacional sino el pensamiento de lo singular y la disposición afectiva necesaria para entender las cosas. No soy optimista, pero pienso que mientras haya seres que deseen en verdad, todavía estamos a tiempo de componernos mejores.

El psicoanálisis es la práctica que mejor nos orienta respecto a ese enlace singular entre forma y afecto, mediante el uso del *sinthome*.

## *II. La ética del psicoanálisis y lo que cae*

El psicoanálisis es una práctica que se basa en una ontología pulsional. ¿Qué somos y de qué estamos hechos los seres llamados humanos? Pulsiones. ¿Qué es lo que nos hace hacer lo que hacemos, allende la consciencia y las buenas intenciones? Pulsiones. La pulsión es un concepto límite: entre lo somático y lo psíquico, lo biológico y lo social, el adentro y el afuera, la vida y la muerte, la autoconservación y el goce, el deseo y la represión, el yo y el otro, el ello y el superyó, lo infinito y la finitud, etc. La pulsión como concepto no remite tanto a la idea de fuerza o energía, tipo *Elan* vital, sino al montaje entre componentes irreductibles, cuyo índice de tensión diferencial o desajuste entre ellos produce todos los movimientos y repeticiones. El asunto es saber trenzar las pulsiones en cada oportunidad, en cada nivel, en cada tiempo y espacio; saber captar ese índice silencioso; saber leer esa letra que no cesa de escribirse en diversos gestos. De allí, la efectividad o no de esa humilde práctica llamada *psicoanálisis*, basada en la escucha, la palabra y el acto oportuno para ayudar a desmontar el engranaje y que la cosa se oiga; se anude de otro modo.

Así pues, en un análisis se llega a un punto ineluctable en que *eso* que se le ha atribuido al analista como poder-saber de interpretación, punto de idealización absoluta en torno al cual se instaura la transferencia (si el analista se ha prestado como conviene al semblante de esa posición), comienza a ceder, a horadarse, y si pasa la mera negativización (o sea la transferencia negativa), llega un momento en que cae, cae por su propio peso, cae el semblante idealizado y queda el vacío, junto a un resto insignificante de lo que habrá sido “eso”. En ese punto singular, por el cual se destituye el “sujeto supuesto al saber”, surge la verdadera transferencia de trabajo: hacia la vida, la potencia y los otros. La posición del sujeto que ha atravesado un análisis hasta su fin, se aproxima bastante entonces a la lógica femenina del no-todo. Por eso, al escuchar el canto: “se va a caer, se va a caer”, algo de ello resuena. Habrá que ver cómo se elabora a nivel colectivo la caída de los semblantes, el vacío y la pérdida de aquello que no habrá sido más que la proyección de nuestros propios fantasmas. La posición cínica y descreída de todo es un

riesgo, una recaída precipitada, si no se percibe la materialidad de los procesos que nos constituyen, allende las personas y semblantes. Desde la posición materialista afirmamos (y cantamos): *Se va a caer, se va a caer, se va a caer*, y cuando se caiga definitivamente, veremos con claridad que hace milenios no ha cesado de caer, por partes, porque es la esencia misma de la materia que nos constituye, el caer y el *clinamen*: el infinitesimal desvío por el cual nos encontramos, hacemos cuerpo, hacemos mundo, sin exclusiones ni privilegios.

La caída nos implica a todos y a todas, o mejor: “no hay nadie que se exceptúe de la caída” (para seguir en la formulación de lógica femenina). Pero para habilitar los encuentros y que estos prendan, tomen fuerza, necesitaremos no estar –o no hacernos– los locos. La definición más clara y rigurosa de la locura, según Lacan, es que “loco es aquel que se cree ser”: puede ser que se crea rey, Napoleón, profesor o psicoanalista; no importa. La hipóstasis del ser es la máxima locura. Cuando no se puede jugar con las determinaciones del Otro que nos han hecho ser de un modo singular, jugar con sus inconsistencias, contradicciones, aperturas y posibilidades, estamos fregados: al borde de la locura o la muerte. Tan simple y difícil como eso. Esta es una época paranoide que abona la desconfianza en el Otro, antes que habilitar la formación del sujeto en pos de su incompletitud bien acotada, su indeterminación objetiva, o su sobredeterminación compleja. Necesitamos más formaciones y transformaciones efectivas (afectivas), antes que comprensiones o explicaciones precipitadas. Una pregunta ética fundamental, en consecuencia, se impone: ¿Qué relación tienes con el deseo que te habita? Ética y nada obvia, hay que decir, pues muchos sienten horror, inhibición o compulsión a la repetición respecto al deseo; el asunto clave aquí es el cuidado de sí y de los otros. Y una pregunta política fundamental se deriva de ella: ¿Qué resonancias y composiciones puedes operar a partir de elucidar y rectificar tu posición respecto al deseo que te habita? Política nada inocente pero tampoco perversa, hay que decir, pues usa el deseo para inventar y componer nuevas relaciones, más amplias y diversas, no para dominar o satisfacer oscuras pulsiones

que disminuyen la potencia de obrar y engendran pasiones tristes. Digámoslo con todas las letras: vencer al neoliberalismo implica componer el deseo irreductible y singular de cada quien con otros modos que aumenten nuestra potencia de actuar, cuyo afecto inmediato es la alegría; al contrario, todo lo que disminuye la potencia de actuar, afectos y modos, abona a la reproducción de lo mismo. La diferencia entre micro y macropolítica es descriptiva y secundaria, lo importante es que opere y oriente la distinción geométrica afectiva a cualquier nivel: el deseo y su composición.

De nuestra posición de sujeto, tanto como del deseo que nos habita, somos siempre responsables; lo cual no quiere decir que esa responsabilidad deba ser asumida exclusivamente en términos políticos o jurídicos. No hay libre albedrío sino determinaciones que hay que asumir para poder modificar. La reinención y torsión de los dispositivos existentes –incluidos conceptos y tradiciones– es parte de nuestra responsabilidad compartida. Puesto que un sujeto no es más que una posición puntual en la red de nudos que nos constituyen. Por eso, aceptar las normas y leyes que nos preceden no conduce a una sumisión fatal, sino a responder por ellas *in limine* y excederlas en su uso efectivo. La libertad no es un principio moral, ni un fin ideal, ni un axioma fundador; la libertad es una práctica concreta. Hay *prácticas de libertad* en medio de los dispositivos de poder-saber que nos constituyen, en tanto y en cuanto los subvertimos efectivamente para darles otro uso. Me atrevería a decir: un uso singular que percibe la ausencia de sensibilidad donde le toca, entre lo sensible y lo inteligible, esto es, el tener-lugar-del-lugar en que nos encontramos emplazados. La libertad que no es una práctica concreta, sino una creencia abstracta, tiene un nombre doloroso: locura. Foucault lo sabía muy bien, desde sus primeras investigaciones, y por eso su respuesta a la gubernamentalidad neoliberal –en el último trayecto de su vida– tomó el “largo rodeo” de las prácticas de sí antiguas.

Antes de producir un nuevo “reparto de lo sensible”, como dice Rancière, o que se produzca un acontecimiento y “advenga una Idea”,

como dice Badiou, hay que captar simplemente eso que conecta lo sensible y lo inteligible en una suerte de espacio moebiano. En ese punto singular, resulta clave “percibir la ausencia de percepción”, sentir la anestesia en la cual nos hallamos inmersos (un poco más complejo que “salir de la esfera de confort”). Como dice Agamben, comentando a Platón: “En el momento en que logramos percibir de modo anestésico e impuro no sólo lo sensible sino su tener lugar, entonces lo sensible y lo inteligible se comunican. La idea que no tiene lugar ni en el cielo ni en la tierra, tiene lugar en el tener lugar de los cuerpos, coincide con ellos.” En ese punto, más que la hipersensibilidad o la superinteligibilidad, lo que necesitamos es alcanzar cierta impasibilidad. Ya que, si vamos a ser parte de un cambio de paradigma de gran calado, más que exacerbar la sensibilidad o la inteligencia, tenemos que conectarnos con la impasibilidad en la cual estas se comunican.

Un indicio certero se encuentra, por ejemplo, en la reciente película dedicada al Guasón. La risa anómala del Guasón es su síntoma, claramente. Y señala, además, el punto sintomático de la sociedad actual (un síntoma redoblado): el mandato idiota de felicidad, cuando estructuralmente todo está mal, enfermo y corroído hasta la náusea. De ahí la risa desplazada y desubicada del Guasón, tanto en los pocos momentos de distención como en los de ansiedad agudizada. Por eso no se trata solo de un síntoma clínico psiquiátrico, sino de un síntoma político y psicoanalítico de primer orden. Hay un momento clave de la película que muestra este valor singular del síntoma y el giro subjetivo del personaje: cuando él dice, muy lacanianamente, que hasta el momento había pensado que toda su vida había sido una tragedia y que su risa era una enfermedad, pero se da cuenta que él es justamente “eso”, su risa, y su vida –repleta de abusos– ha sido más bien una comedia (“No tengo nada más que perder. Ya nada puede hacerme daño. Mi vida no es más que una comedia”). Cambio de posición crucial: el punto de hipersensibilidad comienza a mutar y se vuelve insensible consigo mismo. No puede haber mejor definición de la “identificación al síntoma” producida al final de un análisis: cuando la tragedia se

transforma en comedia y el sujeto pasa al acto. Por supuesto, no se trata de idealizar al personaje ni ofrecerlo como modelo de nada; desde una perspectiva materialista, al contrario, entendemos que se trata de una “ficción de lo real” (verdadera en su procedimiento) que muestra acabadamente las contradicciones del sistema y su (re)solución sintomática de un modo estético y político al mismo tiempo. Cada procedimiento tiene un “efecto” singular, como decía Althusser, pero lo interesante es pensar la sobredeterminación o la causalidad inmanente que nos muestran conexiones impensadas entre los modos irreductibles de producirlos. Encontrar el síntoma y producir el *sinthome*; he allí un punto de subversión posible.

Por último, para concluir con una traducción directamente política de estos conceptos, quisiera detenerme en la tarea que se abre ante el resultado de las recientes elecciones presidenciales: un cambio en la forma de vida.

### *III. La verdadera elección: otra forma de vida*

En primer lugar, hay que festejar: los argentinos hemos contestado con el voto a la consigna macrista positivista del “sí se puede”. Y no, afortunadamente *no todo se puede*. Entonces enunciémoslo de manera afirmativa, en modo femenino y popular: *el poder o la verdadera potencia es no-toda*. Su correlato afectivo: la alegría o el entusiasmo. Hay que poder no hacer ciertas cosas, cuidarnos entre todos: sepámoslo y actuemos en consecuencia. En segundo lugar, *registremos*, pues empieza ahora el verdadero trabajo de reparación, al menos para quienes deseamos seguir viviendo en un país claramente dividido. La transformación real va a ser ardua y lenta, va a requerir de mucha paciencia, invención y rigurosidad; nada de provocaciones o resentimientos; nada de distraerse con el izquierdismo especulativo: nuestros interlocutores principales, hacia donde tienen que ir todas las energías, las prácticas (discursivas y no discursivas), son esos conciudadanos que aun en las peores condiciones de existencia siguen

capturados por una ideología que los desquicia (y un poco a todos). Entender la sociedad desde los afectos y elevarnos hasta la inteligencia de la singularidad, caso por caso, tal como lo postulaba Spinoza, va a ser clave. Además, es necesario entender que la verdadera potencia, energía o fuerza, emerge del uso de la razón y el contento por nosotros mismos que se desprende de conocer según las causas próximas –las causas que nos aproximan.

Siguiendo las reflexiones de Jorge Alemán y Guillermo Ricca en torno al peso de lo cultural sobre lo económico, creo que hay que identificar el “mito fundacional” o el “fantasma ideológico” que está operando, transversalmente a la sociedad, sus instancias y prácticas. Para mí es, como ya lo he dicho por ahí, el mito del “trabajador esforzado” que siente que su esfuerzo es meramente individual y se da en un espacio social vacío, plano, sin torsiones ni desniveles; por lo cual el empeoramiento de las condiciones de vida casi no lo afecta, o no lo registra, ya que su vida está puesta al servicio del sacrificio constante. De ahí que ese empeoramiento, al desconocer la causa próxima, lo proyecta siempre hacia afuera: otros son los culpables, vagos, choros, planeros, etc. Hay que mostrar por todos los medios posibles, empezando por nosotros mismos, que otra forma de vida es posible: reconectada con los afectos alegres, con el cuidado de sí y de los otros, el amor y la potencia del pensamiento. Las inercias mortíferas las transmitimos inconscientemente, allende voluntarismos y explicaciones vanas, y si no cambiamos nuestra forma de vida concreta, como también señala Diego Sztulwark, ninguna transformación social será posible.

Pues, como ya he dicho también varias veces, enlazando a Lacan con Spinoza: el fantasma del goce del Otro es alimentado por –y se incrementa de manera directamente proporcional a– la disminución y falta de confianza en la propia potencia de obrar. Para derribar esos fantasmas que inculca una y otra vez la derecha mediática tenemos que mostrar una y otra vez que el deseo es una potencia de actuar y pensar que se afirma en sí mismo y se compone con otros; nunca en detrimento de los demás. El deseo une, el deseo dignifica, el deseo de vivir es deseo de

vivir bien junto a otros, no en la exclusión, el empobrecimiento o la impotencia de los demás. Esa es la máxima felicidad.

Estamos viviendo tiempos convulsionados, tiempos violentos y enloquecedores en los que los signos se invierten imprevistamente. Va a ser crucial por eso que nos cuidemos entre todos y todas, en todos los niveles y prácticas sociales. Que evitemos engendrar y reproducir el odio en cualquiera de sus formas. Que prescindamos del juicio sumario, moral o moralizante, emitido desde una posición de superioridad o pureza. Que no caigamos en el detallismo sociológico que busca siempre explicarlo todo invocando razones *ad hoc* o *a posteriori*. Que tampoco practiquemos el psicologismo grosero que atribuye *a priori* rasgos de personalidad patológicos al adversario político. Que no confiemos de manera fetichista en la numerología moderna y las encuestas de opinión. Que dejemos de alimentar y darle sustento a los comentarios trolls y a lo que “se dice” en las redes. Que no idealicemos románticamente las luchas si no participamos materialmente en ellas. Que nos guíemos ante todo, y en cualquier caso, por aquello que aumenta decididamente nuestra potencia de pensar y de actuar, de componernos con otros; orientación ontológica y pragmática al extremo, excediendo incluso las ideologías y los saberes específicos. En fin, acaso solo un spinozismo consecuente podrá salvarnos.

*Apéndice: Ética ejercitada según un orden nodaléctico.*

Propongo a continuación una serie de puntos (definiciones e indicaciones) a tener en cuenta en el cultivo de la caída y el encuentro materialista para salir del neoliberalismo, respecto a la práctica filosófica en general y Nodaléctica en particular.

- La filosofía es práctica, ejercicio concreto del pensamiento; por eso se orienta también por otras prácticas en sus devenires y procedimientos inventivos, subversivos de las formas, transformadores de la materia con que trabajan: ideas, palabras, imágenes, sonidos, cuerpos, gestos, instituciones, etc.

- La filosofía es transformación de sí, cultivo de un *ethos* materialista; por eso, además de las prácticas y ejercicios concretos que realiza, se orienta por los afectos: aquellos que aumentan nuestra potencia de actuar y producen alegría, aquellos que la disminuyen y producen tristeza, así como los afectos compensatorios; ella distingue y elige.
- La filosofía es la práctica que hace de la virtud felicidad, del rigor libertad, y habilita así el despliegue de la mayor potencia afectiva del pensamiento: el conocimiento por la causa próxima, el conocimiento de lo singular, la beatitud intelectual.
- La filosofía es una práctica ardua, difícil pero no imposible, y está abierta a cualquiera que desee comprometerse en esa vía: la vía de los senderos que se bifurcan y no conducen a ninguna parte, o a la parte que no tiene parte, o a sí mismo.

En consecuencia, en atención a cada quien:

- Lo más real es el síntoma, eso que insiste y se repite en cada uno de tus actos, involuntariamente; no lo rechaces. Habla de cómo eres hablado y del lenguaje mismo. Encuentra los modos de aproximarte y seguir sus vías más económicas, hasta prescindir de todo lo accesorio, hasta formalizarlo inclusive.
- La repetición es ante todo un movimiento, un gesto, un modo de declinar las cosas, las palabras, los cuerpos. Encuentra qué autores y tradiciones permiten trabajar tu síntoma, amplificarlo, abrirlo a otras composiciones, configurar la escena del pensamiento, hacer cuerpo literal y escriturario.
- Confía en lo que encuentras al paso, cada vez, no te apresures por comprender, asimilar o encajar en ninguna parte; anudar es un arte que tiene sus propios tiempos y modos. El orden nodalético sigue la alternancia y no la jerarquía posicional.
- Nadie es más importante que nadie, ninguna palabra vale más que otra, pero hay quienes componen mejor con tus trayectos, quienes ayudan a potenciar tu modo de actuar y pensar, quienes no lo hacen en absoluto, y

quienes hacen todo lo contrario. Elige con quien juntarte en cada ocasión, sin idealizar ni subestimar a nadie.

- Con el tiempo irás formando un cuerpo afectivo, bien enlazado a sus ideas, y a las ideas que emerjan de esas ideas, con un proceder metódico listo para responder en los términos que lo solicite la situación, caso por caso, atendiendo al modo singular hallado y en función de la potencia infinita que somos.